

La Obra de los Otros

Héctor Antón

inCUBAdora ediciones

La noción de fracaso en ciudades fantasmas es el detonante que matiza un largometraje concebido por el binomio de Carlos M. Quintela (director) y Abel Arcos Soto (guionista). En busca de un tiempo perdido en la travesía épica cubana, los jóvenes cineastas arrancaron con ventaja: elegir como soporte de la ficción al poblado de Juraguá en la provincia de Cienfuegos. La neoclásica “Perla del Sur” acogió a mitad de los ochenta al proyecto de Planta Termonuclear, impulsado y abandonado por el mesianismo científico-técnico de la ex-Unión Soviética. La resaca del “monstruo inerte” servía para fabular con residuos humanos de un delirio a la intemperie.

Esta central, prevista a ser culminada antes del año 2000, tendría cuatro reactores y, solo al entrar el primero en funcionamiento, produciría el quince por ciento de la energía eléctrica nacional, ahorrándole al país unas setecientas mil toneladas anuales de petróleo. La obra se paralizó en 1992, cuando el primer reactor estaba listo en un noventa por ciento. En cuanto al complejo urbano diseñado con perfil de “arquitectura estalinista”, se ha ido quedando vacío y muchos de sus profesionales-inquilinos emigraron a territorios donde aplicar sus conocimientos.

Aislamiento. Soledad. Desaliento. *La Obra del Siglo* es tan pretenciosa como el drama que pretendió sintetizar filmicamente con el auxilio de rollos

documentales de la época. Así, el personaje mayor del “falso testimonio” (potenciado por la actuación de Mario Balmaseda), encarna al último reducto de la esperanza o de la utopía para usar el eufemismo propicio. Más allá de los accidentes acumulados por un disfuerzo del triunfalismo evolucionista, Otto es otro sobreviviente que representa “la humillación de envejecer”: un abuelo con malas pulgas incapaz de reescribir su vida ni la de nadie.

“Esta casa es mía”: axioma vigente en la dinámica actual en la ínsula constituye uno de los resortes que sostienen las “diferencias” de tres hombres que conviven bajo el mismo techo. Leo (nieto de Otto) y Rafael (hijo de Otto y padre de Leo) representan a dos generaciones sin paciencia para tolerar los desengaños de un *goodfather* vencido por lo que pudo haber sido y no fue en la remota Ciudad Electro-Nuclear. Sin embargo, ambos también resultan víctimas de la impotencia. La frustración es la pandemia que los inmoviliza para “cambiar las cosas” y la solución es lidiar entre ellos para agenciarse un triunfo mientras reclaman su derecho a vivir entre cuatro paredes retocadas con moho.

Tal parece que el ingeniero radioactivo Rafael y Leo con dieciocho tatuajes en su anatomía del anti-entusiasmo fulminan su capacidad de renuncia mediante una catarsis purificadora: alzarse contra el voluntarismo hogareño que les impone Otto: símbolo de una abstracción hegemónica doblegando a ciervos parlantes. Matar al padre constituiría un “suicidio a traición” para la tríada “levitando solitaria” en una atmósfera gris.

El “machismo decadente” como pretexto argumental es la zona palpable de un *iceberg* histórico que ilustró el guión. Después de caer el muro de Berlín, colapsar el campo socialista y desmoronarse una madrina anti-higiénica llamada URSS, solo queda aguardar el arribo de otro dueño que asuma el

timón de una nave a la deriva. Algo similar les ocurre a los intérpretes del relato: claman en silencio por un ángel de la guarda o algo que los mantenga con el estómago lleno y la moral bien alta. Un sueño tan imposible en los tiempos que corren como ese plan inacabado cuyo fin libró a los habitantes de una comunidad obrera de volar en pedazos. “¡No fuimos otro Chernóbil!”-corearían eufóricos.

En medio de un paisaje de niebla arquitectónica, el viejo Otto se erige anti-monumento a la desmemoria de una aventura colectiva que consiguió una proeza-bálsamo: la imposibilidad de recordar. Juraguá no es un cáncer maligno (e, incluso, extirpable) del cuerpo nacional. Por eso el abuelo recapacita frente al televisor, cuando el narrador Modesto Agüero (fanático al origen humilde de los deportistas) amplifica que el segundo medallista dorado de la delegación cubana en los Juegos Olímpicos de Londres 2012 es el boxeador cienfueguero Robeisy Ramírez, sin aclarar que el zurdo peso mosca de dieciocho años nació y pertenece al terruño donde se pudre tanta gente que no conoce el mundo.

La reserva energética visible de la película se aglutina en fragmentos documentales que los realizadores pudieron obtener y manipular en función del andamiaje cinematográfico. Un *collage* de sonoridad *pop* (animado por robots fabriles, cosmonautas, siembra de coco y optimismo), dotado para la auto-caricatura. Aquí la pugna se desplaza del núcleo familiar al conflicto entre un espejismo del pasado y la incertidumbre del “ahora o nunca”, revelando la carencia de una ilusión que permita soñar con un futuro distinto.

De cierta manera y la película está dedicada a la cineasta de los marginados Sara Gómez Yera (Guanabacoa, 1942-1974), vitorear consignas en desfiles y concentraciones públicas o maldecir en privado al régimen materializa un

fantasma único salido del laboratorio zombi. En la cita al último docudrama de Sara Gómez, aparece el primer Mario Balmaseda enredado con una maestra integrada al proceso revolucionario, a quien le confiesa en la cama “tener un miedo del carajo” a romper con el ambiente de hipocresía machista donde se siente atrapado. Salir o no del círculo vicioso: Flaquear es el trauma.

No es un secreto para ningún cubano de a pie que la familiaridad genera desprecio y la miseria induce algo peor: esa profunda antipatía hacia sujetos cercanos a los que no se les puede coger ni odio. Pese a ello, el espectador ríe ante el caos *in progress* de 140 minutos recreado en *La Obra del Siglo*. Como en el desencuentro donde Otto le hace pasar un mal rato a la mujer de su hijo Rafael por culpa de la invasión doméstica, gordura y falta de gracia de una rubia falsa (Marta) que tuerce tabacos y tiene una motocicleta que atender.

¿Por qué se repiten los clichés tragicómicos en un grueso del cine cubano hecho por cineastas de promociones y formación artística dispares? La justificación de una supuesta marca identitaria rebasa tanto al “arte serio” como al humor promedio que pernocta entre telones y centros nocturnos de aura vulgar. Sí: una de las conquistas del socialismo y el hombre en Cuba es aprender a soltar carcajadas de los hijos del maltrato.

Cualquier amnésico del mundillo intelectual diría que el título del *film* sigue una línea de ficciones novelescas caracterizadas por lo inabarcable de sus nombres. Basta mencionar *El libro de la realidad* (Arturo Arango), *La novela de mi vida* (Leonardo Padura) o *La soledad del tiempo* (Alberto Guerra Naranjo). Esta inclinación por “metáforas rotundas” tocó fondo cuando un artista plástico de los “nuevos medios” tituló una videoinstalación *La obra perfecta* (*high tech* en apariencia y *low tech* en esencia): un azar de la imperfección.

A favor (o a pesar) de la soberbia tercermundista, la frase que representa a *La Obra del Siglo* corresponde a la sobremanera fidelista de bautizar a la quimérica joyita de la hermandad internacionalista: orgullo de nadie y vergüenza de todos los especialistas y mano de obra barata que no resucitaron en éste apretado compendio fílmico.

Es curioso dialogar con una película cubana sin jineteras, travestis, alcohólicos, extranjeros o jóvenes con la idea fija de abandonar un país de la tercera edad. Aunque la trama vuelve a girar alrededor de otra familia dividida, donde “la única escapatoria es hacia otra ratonera” -como sucede en una pieza teatral-embudo del talento amargo Virgilio Piñera.

El discurso marginal de Rafael (Mario Guerra) y Leo (Leonardo Gascón) se traduce en fatiga que los “separa” y “une” con el octogenario anciano, quien rememora su vigor al empuñar el látigo en su descascarado apartamento, sin temor a caer como esa bomba que nunca explotó durante la era pro-soviética. Tres personajes tan opuestos como recíprocos en su complicidad paradójica regida por disfunciones políticas, económicas, espirituales.

A contrapelo de su carga sucia o grotesca quizás excesiva, el virtuosismo fotográfico como imagen del tiempo detenido es uno de los aciertos de una película que suele transformarse en dispositivo realista y fantástico a la vez. Metalurgia *minimal* del maximalismo ideológico: Rafa y Leo juegan o comparten un recuento de pérdidas metidos en el *Gran Reactor* (eslabón de aquella *reacción en cadena* que “iluminaría toda la Isla”). Travesura simbólica que incita rehuir la búsqueda de un artefacto sólido que conduzca a un universo desconocido.

Esta segunda entrega del binomio Machado Quintela & Abel Arcos se concentra en episodios de un naufragio en tierra firme que soslaya el obstinado contrapunto entre “los que se fueron” y “los que se quedaron”. Su impronta describe un trayecto impredecible para viajeros de extraños pueblos que surcan océanos y atraviesan continentes persiguiendo a la arrogante felicidad, negada con afeite insular a merodear relajada entre “fantasmas que viven como hombres” ya “devastados por la cotidianeidad y el simulacro”.